

DISCURSO DEL DOCTOR RAOUL FOURNIER VILLADA AL DEJAR LA PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA

Hace un año, cuando en este mismo lugar presentaba a ustedes mis proyectos y comunicaba mis deseos de llevar nuestra Academia por derroteros que, sin apartarse de su sentido histórico significaran una renovación y un nuevo impulso de trabajo, consideraba suficiente este lapso para dejar al menos esbozado el plan que debíamos seguir. El año pasó y con pena veo que poco he podido hacer, casi nada, porque las realizaciones obtenidas son tan pequeñas que no guardan proporción con la esperanza que alimenté en un principio. No culpo al tiempo: me culpo yo. Abrigué demasiadas esperanzas y no reparé en la limitación de mis facultades. Afortunadamente mi sucesor el doctor Guevara Oropesa, comparte con nosotros los mismos afanes y las mismas luchas, y ahora, en el cargo que va a desempeñar, llevará adelante la obra siempre inconclusa y siempre nueva de todos los que lo hemos precedido. Mucho podemos esperar de su talento y personalidad.

En mis esfuerzos por mejorar nuestra institución tuve siempre a mi lado a nuestro maestro don Alfonso Pruneda. Ya por su informe nos hemos dado cuenta de su trabajo siempre efectivo y totalmente desinteresado; desinteresado sí, en lo que se refiere a su propia persona, pero interesado siempre en la medida que conviene a nuestra corporación.

Compartieron conmigo la Mesa Directiva, don Bernardo Sepúlveda, en quien todos apreciamos entre otras muchas cualidades, el raro don de reunir a una juventud dinámica y entusiasta la ponderación y el juicio de un hombre maduro; y nuestro tesorero, el doctor Rulfo, del que nunca me canso de admirar el tacto, la prudencia y la manera tan elegante, permítaseme el término, como lleva nuestras pobres finanzas. A todos ellos mi gratitud y agradecimiento.

Asistir durante un año académico a todas las sesiones, nos da oportunidad de meditar un poco sobre la forma en que éstas se llevan a cabo. Las academias de tipo filosófico que dieron origen a las literarias y a las científicas, marcaron la pauta, el corte y la manera de actuar de todas las que las sucedieron. De la Academia Florentina de Plethon en el siglo xiv a las nuestras del siglo xx no hay mucha diferencia y se dice: si la hubiera dejarían de ser academias. A su vez, la Academia del filósofo florentino tuvo como antecedente la platónica, fundada en los jardines del héroe ateniense Academos, y ésta tuvo como característica la libertad de sus diálogos, siendo el acceso a ella completamente libre, ya que el único requisito de admisión era el talento.

En nuestra Academia puede decirse también que el talento es el principal requisito, y que el conocimiento, la experiencia y la labor realizada por el individuo en beneficio de su ciencia y de la humanidad son los complementos importantes para ocupar un sitio en ella.

Todos estamos pues obligados a cada paso, a cada momento, a refrendar este concepto, y me consta que durante el año que hemos cursado he recibido la confirmación de ello.

Cierto que algunas veces se olvida que la principal prueba de inteligencia es la facultad de síntesis, que entendida dentro del concepto kantiano es la operación de reunir las representaciones unas con otras y resumir toda su diversidad en un solo conocimiento.

A veces el lector de un trabajo divaga en considerandos y explicaciones nada académicas. Esto hace que a veces en las sesiones no pueda oírse con atención más de un trabajo, ya que al desarrollo poco sintético suele corresponder una réplica difusa y prolongada y una contrarréplica que equivale al volumen del trabajo presentado.

Ojalá que todos reconozcan conmigo el valor de la concisión y en beneficio de nuestra Academia imprimiéramos a todos los trabajos que aquí se presentan esta modalidad: el concepto sintético y la expresión clara. La réplica sería entonces corta, substanciosa, y la contrarréplica en armonía con el trabajo presentado.

En ocasiones, los autores ilustran sus trabajos con fotografías, esquemas y películas de largo metraje. Estos elementos deben usarse con medida, ya que la Academia no es una institución pedagógica, y que los que escuchan, como hombres inteligentes que son, entienden con facilidad las cosas, y sus representaciones internas les permiten establecer sus gráficas y figurarse los colores o las técnicas tales como son. Si desterramos de

nuestros trabajos la forma difusa, por insólita que ya sea, libraremos a nuestras reuniones de la amenaza del tedio, origen a su vez de la decadencia y del abandono.

No quiero decir, aclaro, que deba quedar proscrita una forma literaria más amplia y amena cuando el tema da lugar a ella, por ejemplo al tratar temas históricos. Por el contrario, el alternar trabajos estrictamente científicos con otros de índole más literaria, entre los que puede haber lugar hasta para la fina ironía, dará mayor vivacidad e interés a nuestras reuniones.

Las innovaciones al reglamento por las que hemos pugnado son pequeñas y presentan nuestro deseo de adaptarnos a nuestra época ya que, como está en el espíritu de todos, la Academia no podrá cambiar en substancia. En cambio, sí puede ser cada día más útil, más interesante, y siempre se podrá escuchar en ella el renovado pensamiento de los hombres de ciencia de nuestro México y de todos aquellos hombres que en todo el mundo dan lustre a nuestra disciplina.

Señores Académicos, doy a ustedes las gracias por las inmerecidas pruebas de afecto y adhesión que me habéis dado durante este año. Si algo se pudo hacer, a ustedes se lo debo. Reciban todas las pruebas de mi afecto sincero.

**DISCURSO DEL DOCTOR MANUEL GUEVARA OROPESA, AL
TOMAR POSESION DE LA PRESIDENCIA DE LA
ACADEMIA**

Llega en mi vida el momento solemne y muy justamente deseado, de tomar posesión de la presidencia de esta Honorable Academia de Medicina y con ello realizase una de las satisfacciones más hondas y más preciadas que un médico pueda obtener en su carrera profesional. Honor que ha despertado en mí serias meditaciones porque implica también una responsabilidad; significa un compromiso, porque si mis merecimientos no son suficientes para recibir tan alto galardón, como lo reconozco, tengo que esforzarme para ocupar dignamente el sitio de elevado prestigio con que mis colegas académicos me han distinguido, supliendo con buena voluntad, con desinterés y con íntegra dedicación, las virtudes que me faltan para llevar la dirección de la más elevada agrupación médica de nuestro país.

La Academia Nacional de Medicina tiene un lugar histórico en nuestra patria y a través de su larga vida laboriosa ha creado una fuerte tradición. Bastaría recordar a grandes rasgos los acontecimientos más notables en su existencia, las vicisitudes por las que ha pasado, y las personalidades médicas que desde su fundación le han prestado brillo y esplendor, para comprender por qué está tan hondamente arraigada su tradición.

Fundada en 1864 como una Sección de la Comisión Científica Literaria y Artística de México, tomó a los pocos años su nombre definitivo como Academia Nacional de Medicina. La figura de su primer vicepresidente, que fuera el insigne Doctor don Miguel Jiménez, se proyecta sobre la medicina nacional como un precursor y un genio, y entre los fundadores se encuentran los nombres de médicos que justamente han merecido el respeto y la veneración, no sólo de la medicina, sino de la patria.

Cuando fué inaugurada nuestra institución se resolvió que “no sería representante de ninguna doctrina médica, de ningún sistema preconcebido, que los socios emitirían libremente sus ideas siendo los únicos responsables de ellas”.

Con esto se colocó en sus cimientos una de las piedras más importantes del edificio y con esa amplitud de criterio, expresada en los términos de la época, se trazó un programa para permitir la discusión libre, el respeto para las opiniones ajenas y la ponderación para no comprometer a la institución en la expresión de ideas particulares vertidas por alguno de los socios, pero no explícitamente aceptadas por la corporación.

A través de los años han desfilarado por estos sillones respetables un gran número de personalidades médicas que sería prolijo enumerar y que la Medicina Mexicana guarda como sus más ilustres exponentes. De entre ellos, se ha perpetuado la memoria de quienes presidieron esta Academia en los retratos que circundan este salón. Todos ellos supieron guiarla con mano sabia y con los más altos propósitos. El ejemplo de todos ellos señaló una ruta que siguieron también quienes, ya más recientes, han ocupado este sitio de honor y que tenemos el gusto de contar entre nuestros académicos.

En su larga vida laboriosa, la Academia ha cumplido una función para con la sociedad y para con la patria. Ha logrado un prestigio que se reconoce en el extranjero con respeto y encomio y mereció el honor de ser designada como Órgano Consultivo del Gobierno por el señor Presidente de la República don Francisco I. Madero desde 1912.

Mantener su tradición ha sido y será sin duda la meta de todos los académicos, lo cual no quiere decir que la institución viva en el pasado, ni que se anquilose, ni se olvide de rejuvenecerse.

Hojeando su historia encontramos cómo en 18 ocasiones se ha modificado su reglamento para atender a las necesidades que le impuso cada época, aumentando el número de secciones o el número de socios, así como estableciendo normas para la admisión de éstos; otras veces para promover actividades que enaltecen a la institución; pero, en todos los casos, cuidando siempre de mantener el decoro y la dignidad que exige el conservar su augusta tradición.

Actualmente se estudian algunas modificaciones al Reglamento con el mismo objeto señalado y la Comisión encargada de su estudio, formada en su mayoría por ex presidentes de la institución, nos dará muy pronto su dictamen.

La Academia de Medicina ha seguido en su trayectoria brillante al progreso de la Medicina Mexicana. Nuestro país se encuentra en primera línea por lo que se refiere a cultura médica y debemos sentirnos orgullosos de ello. El movimiento médico en México se encuentra irrefutablemente marcado con la existencia de sus institutos y hospitales modernos, que han representado un esfuerzo tremendo para su realización, organización y mantenimiento, tanto en el aspecto material y económico, como desde el punto de vista moral y científico.

Así comenzó la renovación del ambiente médico nosocomial cuando por primera vez en varios lustros se modificaba la estructura de un pabellón del Hospital General para dar asiento a una unidad especializada y surgió el Pabellón 5. Después aparecieron otros pabellones especializados hasta llegar a la creación de Institutos como el de Cardiología y el Hospital para Enfermedades de la Nutrición. En otros centros de trabajo médico se organizó y se mantiene un Instituto de Enfermedades Tropicales, cuyas investigaciones y estudios son de importancia primordial para la medicina nacional. Y así en otras ramas de la medicina.

Baste señalar los ejemplos anteriores para apreciar la fuerza y la profundidad del progreso médico de la República. Progreso alcanzado en duro combate por las dificultades ambientales, económicas y otras, entre las que no faltan el encono y la envidia que no pocas veces han detenido o destruido esfuerzos nobles y fecundos.

Ya en el campo de la acción, ya en el claustro de la investigación pura, ya en el laboratorio humano de la clínica, los médicos que han contribuido a ese progreso médico nacional, han pasado por los sitiales de esta academia y han compartido con nosotros sus conocimientos.

El panorama médico del país presenta, pues, a la Academia de Medicina en la vanguardia; sin embargo, no ha necesitado romper su viejo molde, ni quebrantar su recia forma.

De este modo, se hacen grandes y prestigiosas las instituciones; cuando al correr de los años, los nuevos vástagos guardan amor y veneración por los que ya pasaron y nos legaron su enseñanza y ejemplo; cuando se respeta una tradición noble y limpia, sin menoscabo de añadir lo nuevo y prometedor con equilibrio, ponderación y sensatez.

Estas consideraciones me han hecho pensar en la responsabilidad de asumir un cargo como el que se me ha conferido. Me han hecho reflexionar en el valor de nuestra agrupación médica y en el amor que todos los académicos le profesamos, pues para perpetuar su existencia debemos

quererla y respetarla. Siento con esto último un alivio, porque ese amor que todos los académicos profesan a nuestra institución, allana las situaciones y simplifica los problemas.

Por esa devoción que dedicamos a nuestra Academia, hemos venido cada uno de los que llegamos a su presidencia con un programa, con una ilusión, con un anhelo.

Todos han querido mejorar la situación de la Academia y, aunque los resultados obtenidos son una fracción que no satisface plenamente a un solo individuo, puede apreciarse en la suma de los esfuerzos continuados, lo importante que es seguir hacia adelante, por el mismo camino, con entusiasmo renovado, para alcanzar las mismas metas, las mismas ilusiones, los mismos anhelos.

Mi programa es muy breve: me propongo servir a la Academia, guardar su tradición, contribuir a su enaltecimiento, y trabajar para obtener en la pequeña parte que me sea dable su mejoramiento material y conservar encima de todo su dignidad moral.